

alejaba á los enamorados, veía con ojo bilioso esta unión de la joven viuda con un compañero á quien ella hubiera querido y quien no se había ocupado de ella jamás.

Rabiosa, había escuchado los cumplimientos, mirado las sonrisas, meditando alguna venganza de una injuria imaginaria, envidiosa hasta la locura, de la felicidad de los otros.

De pronto se encontró cerca de Escoubere que pasaba.

Le tocó en un brazo, diciéndole con la peor intención:

—Oye ¿no sabes? ¡está ahí ella!

—¿Ella?

—¡Sí, tu antigua, la condesa!

—¿Dónde?

—¡Ven y mira!

## XIII

## Mignon.

Cuando dió principio la representación de *Mignon*, el conde Gabriel no había hecho todavía un movimiento.

De cuando en cuando se fijaban en Elena sus miradas y entonces se hubiera podido notar en sus ojos una inmensa piedad, que ella tomaba por inmenso amor.

Elena ignoraba todo.

Ni una palabra, ni aun una alusión á su origen, se había escapado de los labios del conde.

Ella no sospechaba nada del fatal secreto que debía separarles para siempre.

El conde no había tomado todavía su partido, no podía decidirse á tomarlo, y no le quedaban más que horas para decidirse.

El coro de introducción había principiado.

Elena se inclinó hacia el conde y designándole uno de los individuos del coro que estaba en primera fila, le dijo muy bajo:

—¡Es él!

Pero en seguida fué distraída su atención por el ruido producido al abrirse la puerta de uno de los palcos de enfrente que estaba vacío.

—¡Toma—repuso al reconocer á la señorita de Corbière que entraba— tu hermana, Gabriel!

Fernanda, al primer golpe de vista, vió á

su hermano y le envió la más acariciadora sonrisa.

—¡Qué hermosa es!—murmuró Elena.

—¡Pero no más que tú!

—¿Piensas lo que dices?

—¡Es que no hago más que pensarlo!

—¿Cómo?

—¡Lo pruebo, me parece!

—¡Así es que mi vida entera es tuya!

El alma de Elena pasaba entre sus labios para unirse á la del conde.

—¿Quién es esa señora que acompaña á tú hermana?—preguntó:

—Es la señora de Corbiere.

El conde pronunció estas palabras con un tono tan glacial que llamó la atención de Elena.

—¿Cómo dices eso!—dijo.—Se podría creer que la aborreces.

—¡Criatura!... se puede aborrecer á una madre?

No hablemos más de esto.

Elena se volvió hacia el palco de la condesa y con sus ojos muy perspicaces pudo comprender lo que pasaba en el alma de la madre y de la hija, sin más que observar sus aptitudes.

La señora de Corbiere, al ver á su hijo, en plena luz, acompañado de la que iba á ser su mujer pocas horas más tarde, había retrocedido al fondo del palco.

Su cara expresaba una violenta contrariedad.

Fernanda no la había dicho las causas del capricho repentino que la llevaba de improvi-

so á un teatro que no debía tener ningun atractivo para ella.

¡Qué de veces había asistido á la representación de *Mignon*!

La presencia del conde Gabriel y la de la que iba á ser su esposa, puesto que no se había separado de ella después de las revelaciones que hubieran debido espantarle, daba á la madre la clave del repentino deseo de la hija.

Pero ya no era tiempo de negarse.

La condesa devoraba su despecho en silencio.

Fernanda, al contrario, estaba apoyada en la baranda del palco, en el que estaba sola con su madre, como el conde Gabriel lo estaba en el suyo con su futura.

Con los ojos fijos en su hermano, parecía haber acudido para protegerle y alejar de su espíritu pensamientos sombríos.

Su mirada le decía:

—Ya ves estoy aquí y es por tí.

Fernanda, al aspecto de su hermano, habia vuelto de su primera impresión de espanto.

Al verle tan tranquilo, casi tan sonriente, porque desde la llegada de su hermana trataba de sonreír, no encontraba ya tan singular la entrega de la carta, un poco solemne, que la habia inquietado.

Entonces, desechados sus temores, se volvió hacia la escena.

El viejo Lothario, el extraño anciano que recorre el mundo en busca de la hija que unos bohemios le han robado, cantaba acompañándose con su laud.

Todo iba bien.

El cazador de topos todo se volvía ojos y oídos.

Aquel ruido le aturdió.

Samson, que conocía la obra, explicaba las cosas al bravo aldeano que estaba pasmado.

Juan Montarón no concedía más atención á los cantantes que á la orquesta.

Su espíritu estaba en otra parte.

Al ver los ojos del conde Gabriel obstinadamente vueltos del otro lado del salón había seguido su dirección.

Y entonces vió á Fernanda que apoyaba los brazos en la baranda del palco.

—¡Toma!—dijo el cazador de topos—mira.

El anciano se inclinó á su vez.

—¡La que os ha salvado de la ruina!—dijo—Pondría las manos en el fuego.

Juan Montarón meneó la cabeza, pero no hizo traición al secreto.

Sin embargo, sus ojos se dirigían con enterrecimiento hacia el dulce rostro de la joven.

Había contraído una deuda con ella, y hubiera querido pagársela.

¿Cómo?

Un gran movimiento se hizo en la escena.

—Mignon—dijo Samson, tocando en el hombro al cazador de topos.

La comparsa de zingaros hacía su entrada.

Una carroza cubierta con un toldo y cargada de oropes, era arrastrada hacia la boca del escenario por bohemios andrajosos.

El cazador de topos estaba serio.

Los olores de mil perfumes que se mezcla-

ban en el aire, unidos á las emanaciones del gas, le trastornaban.

—¿En qué piensas?—le preguntó Juan Montarón.

—Pienso—contestó—en que te embarcas mañana, en que tu hermano Guillermo está á millares de leguas y Marcelo no se sabe dónde, y que, en fin, seríais más felices estando reunidos que dispersos.

—¡Sí, pero nosotros volveremos ricos!

—¡Piedra que rueda!—dijo el viejo meneando la cabeza. Y además; ¿se necesita tanto dinero? Antes yo no tenía ninguno, y sin embargo, estaba contento.

—¿Y ahora?

—Ahora pienso en que estoy con un pie en la sepultura y quisiera ver antes de morirme á los Montarón á cubierto de la miseria y su honor restablecido.

—¡Tranquilízate!... ¡Ese día llegará!

El anciano se volvió hacia la escena.

La música conseguía, por fin, triunfar de su indiferencia.

De pronto tocó á Samson en el brazo, y le dijo:

—¡Mirad!

—¿Qué?

—¡Ese resplandor!

En lo alto del escenario, en los frisos, brillaba una lucecita, un punto tembloroso, parecido á un fuego fatuo.

—No es nada—dijo Samson.—Algún mechero que encienden.

Y se volvió á mirar hacia el escenario.

El pronóstico del doctor de la calle de Rennes se realizaba.

En el momento en que la corista celosa había hecho al desgraciado esta advertencia, «¡Ahí está ella!» su razón, sometida á tan duras pruebas desde la noche nefasta en que Elena había huido para irse con su amante, se había roto, había saltado en pedazos.

Una risa de fiera, ávida de sangre, contraía sus labios; sus ojos hechaban chispas, sus fuertes mandíbulas se entreabrían y dejaban ver dos hileras de dientes, dispuestos á morder.

Era fácil ver que llevaba un arma metida en la manga de la levita.

Elena le miraba con ojos espantados.

—¡Paulino!—suplicó ella.

El contestó riendo, pero con una risa siniestra, porque se conocía que ya no había inteligencia en aquella cara bestial bajo aquel cráneo ardiendo:

—Sí, sí, te asusto; pero tú no tienes nada que temer. Estás muy hermosa, más hermosa que nunca. Yo no te odio... ¡Te amo! Así es que no es á ti á quien quiero mal... ¡Es al otro!

Y mostró al conde, que parecía más indiferente que nunca.

—Es él—dijo—tu amante... tu preferido... tu millonario... No saldrá vivo de mis manos. ¡Ah! señor Corbiere, me habéis robado. Vengo á pedir os cuentas y recobrar mi dicha, arrebatada por vos.

Hablaba con voz sorda, pero que debía oírse en los palcos vecinos.

Sin embargo, nadie se quejaba del ruido.

Era que había en la sala una emoción peor que la del palco invadido por el loco.

Ni el conde, vuelto hacia Escoubere, ni Elena Noel, colocada entre su amante y el corista, se habían apercibido de ello.

Hay hechos para cuyo relato es preciso emplear minutos y que han sido realizados en pocos segundos.

Si el conde Gabriel hubiera querido librarse de la venganza del insensato que se le echaba encima, no hubiera tenido más que dar un salto á la sala.

La distancia que le separaba de la orquesta era corta.

Pero no se movía.

¿Entreveía en aquella intervención una especie de justicia de Dios y un desenlace para el drama del que él era á la vez autor y espectador desde hacía algunos días?

Tal vez.

El canto había cesado.

La orquesta había callado.

Un cómico acababa de hacer un anuncio á la concurrencia.

De pronto resonó una exclamación horrible, seguida de un pataleo por todas partes, en las galerías superiores, en los pasillos, en la orquesta, en el escenario.

En todo el teatro se oyó este horrible grito.

—¡Fuego!

Al mismo tiempo un resplandor rojizo, sangriento, una claridad de incendio furioso iluminó todo el salón,

La pequeña llama de los frisos había corrido como una serpiente por los telones enrollados bajo la bóveda, y de pronto estallaba el siniestro azote.

Entonces el conde olvidó la presencia de Escoubere para no pensar más que en la salvación de Elena.

Perecer abrasado, no era el fin que él había soñado para ellos.

La cogió en sus brazos, y sin ocuparse del marido, se volvió hacia la puerta y dió un paso hacia la salida.

Pero entonces, más pronto que un rayo, el gascón se lanzó sobre los fugitivos y cogiendo al conde por el cuello le hundió el puñal en la garganta, diciendo:

—¡No te he dicho que no saldrias vivo!

Dos gritos agudos, dos gritos de mujeres á quienes asesinan, dominaron el espantoso ruido del tumulto.

El primero fué de Fernanda de Corbiere.

Pálida como una muerta, había seguido con espanto creciente las peripuecias de aquel drama de un instante, desde su primera fase, la entrada de Escoubere en el palco hasta la última, la cuchillada que había dejado muerto á su hermano.

En vano había tratado la condesa arrancarla de esta contemplación.

En vano había empleado las súplicas, la persuasión y la fuerza.

Agarrada á la barandilla del palco, indiferente al peligro que corría, con los ojos fijos en su hermano, la joven había resistido á

las palabras y á los esfuerzos de su madre.

Allí seguía jadeante, inclinada hacia el salón, cuando su hermano cayó al suelo.

Oyó el grito de Elena, la exclamación de espanto que respondió á la suya.

Vió á la joven caer de rodillas al lado de su amante, levantándole la cabeza; cubrirla de besos y, con gesto irritado, rechazar al loco, que dejaba caer su arma y la suplicaba que huyera con él.

Fernanda comprendía casi las palabras que salían de la boca del loco.

Debía decir á Elena:

—¡Ven! ¡Yo te amo! ¡El ha muerto! ¡Yo le he matado!... ¡Estoy vengado... pero tú no tienes nada que temer!... ¡Yo te adoro!...

Esto era, en efecto, lo que la decía.

Inclinado sobre ella, trataba de cogerla en los brazos y de arrancársela á aquel rival, siempre más poderoso que él, aun muerto; pero ella se arrojaba sobre su amante y seguía besándole.

Por fin Escoubere consiguió levantarla, haciendo uso de todas sus fuerzas, duplicadas por la locura.

Dió un paso hacia la puerta.

Pero la señorita de Corbiere le vió dejar caer de pronto su carga, llevarse las manos á la frente, batir el aire, y rodar, inanimado, al lado del desgraciado á quien él había asesinado.

Fernanda cayó de rodillas sobre la alfombra ocultando el rostro entre las manos.

Hay minutos que deben contarse como años

si se les mide por las emociones que nos dan.

La condesa de Corbiere quiso aprovecharse del abatimiento de su hija para sacarla fuera.

Pero ya no era tiempo de huir.

El vasto salón era una inmensa hornilla.

La madre, desesperada, se fué á la puerta, intentando abrirla; pero parecía de plomo, imposible de todo punto, por el enorme empuje que hacían del otro lado.

Un clamoreo desesperado, agudo, salía de mil pechos, y aturdió; un humo espeso, cargado de ácido carbónico, les asfixiaba.

La condesa, medio loca, quiso saltar á la orquesta; pero á medio camino, envenenada como los demás, como su hija, para quien toda su ternura de madre se había despertado, cayó pesadamente sobre la alfombra del palco.

Fernanda ya no podía respirar.

Se oprimía el pecho con las manos.

Con sus dedos crispados, desgarraba el cuerpo del vestido para darse aire.

Un momento más, pocos segundos, y estaba muerta como tantos otros, como su madre, que yacía inanimada cerca de ella, y á quien llamaba con voz ahogada.

Lo que acabamos de narrar no fué más que uno de los mil incidentes que pasaron aquella noche.

El incendio de la Opera Cómica es uno de los más lamentables siniestros, cuyo recuerdo entristece los anales de Paris.

La cifra real de los muertos fué cuádruplo que lo que la policia, la gran dispensadora de

noticias anunció á los periódicos y los periódicos al público.

En el momento en que Fernanda caía al lado de su madre, asfixiada por los vapores del incendio que ahoga á sus víctimas antes de reducirlas á cenizas, ó se mataban en los pasillos, hubo algunos hombres monstruos que se abrieron camino dando cuchilladas á mujeres y niños: se aplastaban en las puertas que no se podían abrir, se precipitaban de las galerías superiores al patio para escapar del azote y destrozarse lo cabeza para sufrir menos.

Fué una de esas escenas horribles cuyo relato, atenuado por los reporters helará la sangre de los que leyeren los periódicos de aquel tiempo, aun treinta años después de haber ocurrido.

En aquel momento supremo de la familia de Corbiere que una casualidad—siempre la casualidad—había reunido en aquel teatro, no quedaba con vida más que una joven quien, como su hermano y madre, iba á no ser, pocos segundos más tarde, más que una masa inerte, si Dios no enviaba en su auxilio uno de esos bravos que no se ocupan de su propia vida y la arriesgan con la mayor decisión por salvar á los demás.

No podía salvarse más que por un milagro.

Se verificó.

Juan Montarón había seguido con la mayor atención las escenas que habían tenido lugar en el palco del conde Gabriel y en el de su madre.

Había sido uno de los primeros que habían visto estallar el horroroso incendio.

Viendo el peligro que corría Fernanda, no tuvo más que una idea, salvarla antes de salvarse él mismo.

Pero sereno, sin perder de vista el peligro, no dejaba de ocuparse de la salvación de sus amigos.

El cazador de topos, sin un guía, estaba perdido en aquel dédalo desconocido.

Juan dijo á Samson, confiándole el anciano:

—Marchar... ¡No le abandones!

—¿Y tú?

—Yo saldré de apuros solo. Id.

## XV

## ¡En paz!

Juan Montarón comprendía que no había que perder un minuto.

El incendio redoblaba su violencia.

Nada podía contenerlo ni combatirlo.

Unos segundos más, y el techo, que ya ardía, iba á caer sobre los muertos, sobre los moribundos, y aplastar á los que habían escapado de la asfixia y del fuego sin haber podido salir aun.

Pero ya Juan Montarón estaba en el palco de la condesa.

Agarrándose al balaustre de los palcos segundos, se había dejado caer á la galería por debajo de ellas, y al través de las muchas chispas que volaban de todas partes, al chisporroteo de las maderas que ardían, había conseguido llegar hasta la señorita de Corbiere.

Medio muerta, yacía cerca del cadáver de su madre.

Hubo un momento en que el valiente joven tuvo la idea de llevarse las dos.

Eso hubiera sido para él el desquite de las durezas y del egoismo de la señora de Corbiere.

Pero este rasgo de heroismo y de bravura era tan imposible como inútil.

Además, á él mismo no le quedaban más que muy pocas fuerzas.

Como los demás, estaba envenenado por los vapores deletéreos de que estaba llena la sala.

Miró con ojos de piedad á la condesa, tan dura para ellos, tan inflexible, tan altiva, y sintiendo no poder devolverle bien por mal, cogió en sus brazos el cuerpo inanimado de Fernanda y saltó con él á la orquesta.

Lo más difícil estaba hecho.

Dos segundos después se había abierto paso á través de los escasos fugitivos que habían podido llegar hasta los pasillos de la planta baja, y se encontraba en el vestibulo.

En aquel mismo instante se oyó detrás de él un ruido horrible.

La bóveda del teatro se había hundido.

La explosión de llamas que en aquel momento iluminaron todo París no es posible olvidarlo.

Juan Montaron estaba fuera de peligro.

Un esfuerzo más y llegaba á la plaza Boieldieu, con los cabellos erizados, tostados, lleno de quemaduras, pero radiante por haber salvado á Fernanda.

Únicamente entonces fué cuando la miró: ya no respiraba.

¿Estaba muerta?

La llevó hasta la calle Favart, gritando á la multitud con voz ahogada:

—¡Socorro!... ¡Un médico!

Le indicaron una farmacia, á la que habían sido transportados algunos heridos.

Era imposible entrar en ella. Esperó á la puerta.

Su amigo Samson y el cazador de topos que

le esperaban con ansiedad fácil de concebir, le vieron y se unieron á él.

Un practicante derramó un cordial en la boca de la joven que, reanimada por el aire fresco de la noche y aquella poción bienhechora, abrió los ojos.

—¿Dónde estoy?—preguntó.

Y en seguida, recobrando la memoria, exclamó:

—¡Madre mia!... ¡hermano de mi alma!

Juan tuvo una inspiración.

Antes de que ella pudiera darse cuenta de dónde estaba y lo que la ocurría, se metió con ella en un coche, dió al cochero las señas de la duquesa de Riville y dijo á sus dos amigos:

—Id á buscarme allí.

A las diez llegaba el coche al hotel de la duquesa.

La señora de Riville y Teresa miraban, desde una ventana, el resplandor del inmenso brasero que proyectaba sobre París siniestras claridades.

Al ver á Juan y á la señorita de Corbiere, que había vuelto á caer en su aniquilamiento, las dos mujeres comprendieron lo que había pasado.

Juan las puso en pocas palabras al corriente de lo ocurrido.

—Me encontraba allí—dijo,—ví á la condesa y á su hija, al conde y á su futura... El conde ha muerto á manos de un loco: su futura no ha querido abandonarle... Ha debido perecer con él abrasada. La condesa de Corbiere ya no existe... De haber estado viva, hubiera



tratado de salvarla... He salvado á su hija... Os la entrego...

La duquesa y Teresa rodearon á Fernanda con la mayor solicitud.

Pronto volvió en sí.

Juan Montarón, de rodillas, la cogió una mano y la llevó á los labios, sin pronunciar palabra.

Después estrechó á su hermana contra su pecho y la dijo.

—Soy feliz, he pagado una parte de nuestra deuda. Ya no tengo nada que hacer aquí... Parto... ¡Adios!... ¡Velad por ella!

Salió.

Samsón y el anciano estaban esperándole en la calle, como él les había dicho.

Se fueron á la habitación que Juan ocupaba en Bolonia.

Allí el viajero cambió de traje y metió en un saco de viaje la poca ropa blanca que tenía.

El paquete no era pesado; pero un inglés que sale para dar la vuelta al mundo, no lleva más equipaje.

Después escribió esta carta:

«Querido defensor:

»Esta noche abandono la Francia.

»Debieron condenarme creyendo que yo herí al capitán Rolando por odio á los Corbiere, y sin otra razón que la envidia feroz y la aversión celosa que nos inspiraban:

»Vos conocéis la verdad.

»Yo he podido odiar, en efecto, á los Corbiere.

»Sin embargo, ese odio, causado por los ex-

cesivos rigores de la condesa, no me hubiera impedido salvarla esta noche si cuando pude llegar hasta ella no hubiera estado ya sin vida, si mis fuerzas hubieran sido suficientes y si no hubiera visto que me exponía á no poder salvar á su hija, que aun vivía, por llevarme á las dos, siendo así que la condesa había dejado de existir.

»He tenido la inmensa satisfacción de arrancar á las llamas del terrible incendio que tiene loco á todo París en este mismo instante, la señorita de Corbiere.

»Por otra parte, mi hermana Teresa, hoy en seguridad, ha encontrado protectores, á quienes nunca demostraremos suficientemente nuestro mucho agradecimiento.

»Ya no me necesita.

»Nada me detiene, pues, en Francia.

»Marcho á comarcas lejanas, por grande que sea el cariño que tengo á mi país y el deseo de vivir en él pobre mejor que en otra parte rico.

»Comprendo que ya no estoy seguro en él, y que el mejor día me delataría yo mismo.

»Me despido de él.

»No volveré sino con la cabeza levantada.

»Si podéis obtenerme este favor, no podéis figuraros cuánto sería mi agradecimiento.

»Os doy las gracias con todo mi corazón por lo que habéis hecho ya por mí y por los buenos sentimientos que me habéis demostrado.

»Lejos de mi país no tengo nada que temer.

»¿Quién intentaría detenerme en el fondo de un desierto?

»Podéis decirlo todo sin cuidado.

»Vivo, aunque me creen muerto, y no tengo más que un deseo:

»¡Entrar en mi querida Francia y encontrarme al lado de los míos!

»Yo no creo haber merecido el presidio.

»Los Montarón han podido ser violentos y sensibles á un ultraje.

»No son asesinos.

»Hacédselo comprender así á los que disponen de mis destinos, y mi agradecimiento hacia ellos y hacia vos no tendrá límites.

»Vuestro cliente y amigo

»JUAN MONTARÓN.»

Añadió esta postdata:

«Cuando nuestro buen amigo el cazador de topos os entregue esta carta, ya estaré lejos. No temáis nada por mí y obrad según vuestras inspiraciones.»

Puso la dirección:

*Señor Letanneur de la Gigonniere, abogado en Blois.*

Y entregando la carta al anciano, le dijo:

—Llevarás esta carta á nuestro abogado; si puede hacer algo, yo seré muy feliz en poder entrar en Francia... de volver á veros... de ser libre.

Terminados sus preparativos, salió con sus dos amigos y tomó el camino de la estación de San Lázaro.

No eran las once.

El tren del Havre no salía hasta las doce y treinta.

No tenían prisa.

El incendio, del que habían escapado tan felizmente los tres, cuando tantos otros habían quedado bajo los escombros, estaba en todo su horror.

Juan Montarón no podía menos de pensar en el terrible drama que se había desarrollado ante sus ojos en el palco del conde Gabriel y del que, con Fernanda de Corbiere, era el único testigo; por que, en el momento en que se desarrollaba, los que, como él, hubieran podido ser espectadores no pensaban más que en su propia salvación.

Veía todavía al loco entrar en el palco, acercarse al conde impasible, amenazarle y por fin clavarle el cuchillo en la garganta.

Se admiraba de la indiferencia con que el conde había esperado la cuchillada que hubiera podido evitar fácilmente.

Juan debía tardar en tener la clave de este enigma.

El conde Gabriel había acogido á su asesino como á un libertador.

A las doce y cuarto, estaban los tres amigos sentados á la puerta de un café, delante de la estación, esperando la hora de la marcha, y el incendio como el sol al ponerse, no lanzaba ya sobre París más que resplandores rojizos, color de sangre.

El desastre era completo, pero nadie podía contar las víctimas.

Juan se separó de sus dos amigos, estrechándoles contra su corazón varias veces, con sentimiento de separarse de ellos y de alejarse de

aquel país en donde dejaba á su anciana madre y tantos seres queridos y amigos sinceros.

Samson le repetía:

—¡Mucho ánimo! ¡Tu volverás! ¡Nos encontraremos de nuevo!

Y el cazador de topos balbució:

—Sí, sí, no temas nada... yo la diré...

Pero el pobre hombre temblaba y gruesas lágrimas llegaban á sus pestañas.

Por fin fué preciso separarse.

Había llegado la hora.

Los últimos apretones de manos se cambiaron con las últimas recomendaciones.

—Escribenos... Danos noticias... á menudo.

Un empleado gritaba:

—¡Señores viajeros para Rouen y El Havre, al tren!

Juan montó en un coche.

El tren partió.

A las seis de la mañana llegaba al Havre.

A las ocho se embarcaba para Southampton, y muy pronto vió desaparecer en el horizonte las costas normandas.

Al día siguiente tomaba, en compañía del honrado señor Turner que quería absolutamente no separarse de él, un billete de primera, que no le costaba más que uno de segunda, por favor especial del dicho señor Turner, administrador de la Compañía de los steamers para la Australia, y al pasar de la Mancha al Océano, enviaba con la mano un beso á las costas que dejaba detrás de sí, preguntándose con el corazón oprimido por una indecible emoción.

—Los volveré á ver algún día?

## QUINTA PARTE

### EL RAMO DE OLIVO

#### I

#### La villa de las nieves.

Hacia mediados de agosto, tres señoras de una edad muy diferente se apearon de un tren que llega á las diez de la mañana á Interlaken.

Por su elegancia, aunque las dos más jóvenes vestían de luto, y por ese yo no sé qué caracteriza á nuestra raza y la distingue de las demás, aun de aquellas que más se le parecen, se conocía en seguida que eran francesas y de la más alta sociedad.

Iban acompañadas de dos doncellas, una de las cuales vestía también de luto.

La señora de edad, hermosa aún y de un aspecto muy imponente, que parecía dirigir la marcha de aquel pelotón femenino, hizo señá á un cochero que con su coche de alquiler, tirado por dos caballos, estaba parado á la puerta de la estación. El auriga se acercó en seguida.

Era un anciano de cabellos blancos y de cara honrada y pacífica.